

ceres participados, sino á sentimientos desconocidos. La duquesa de Lavalliere lloraba una felicidad perdida, su poder desvanecido; mientras que la duquesa de Langeais será feliz con sus lloros y será para usted un poder. Sí, me echará usted de menos. Siento que yo no era de este mundo, y le doy las gracias por habermelo probado. Adiós, no tocará usted mi hacha; la suya era la del verdugo, la mía es la de Dios; la suya mata, y la mía salva. Su amor era mortal, no sabía soportar el desdén ni la burla; el mío puede soportarlo todo sin desmayar, es inmortalmente vivaz. ¡Ah! experimentó una alegría sombría aplastándole, usted que se creía tan grande; en humillarle con la sonrisa tranquila y protectora de los débiles ángeles que adquieren, al acostarse á los pies de Dios, el derecho y la fuerza de velar en su nombre por los hombres. Usted sólo ha tenido pasajeros descos; mientras que la pobre religiosa le iluminará sin cesar con sus ardientes plegarias, y lo cubrirá siempre con las alas del amor divino. Presiento su respuesta, Armando, y le doy esta... en el cielo. Amigo mío, la fuerza y la debilidad son igualmente admitidos en él; ambos son sufrimientos. Este pensamiento calma las agitaciones de mi última prueba. Estoy tan tranquila, que temería no amarte, si no fuese por ti por quien dejo el mundo.

»ANTONIETA.»

—Querido vidamo, dijo la duquesa al llegar á la casa de Montriveau, hágame usted el favor de preguntar en la portería si está en casa.

El comendador, obedeciendo á la manera de los hombres del siglo XVIII, bajó y volvió para decir á su prima un sí que la hizo estremecer. Al oír esta palabra, cogió al comendador, le estrechó la mano, se bajó para besarle en las dos mejillas, y le rogó que se fuese sin espiarla y sin querer protegerla.

—Pero ¿y los transeúntes? dijo.

—Nadie puede faltarme al respeto, dijo ella.

Esta fué la última frase de la mujer á la moda y de la duquesa. El comendador se fué. La señora de Langeais permaneció en el umbral de la puerta envolviéndose en su mantón, y esperó á que sonasen las ocho. La hora expiró. Aquella desgraciada mujer se concedió diez minutos, un cuarto de hora; en fin, quiso ver una nueva humillación

en aquel retardo, la fe la abandonó, y no pudo retener esta exclamación:

—¡Oh, Dios mío!

Después abandonó aquel funesto lugar. Esta fué la primera palabra de la carmelita.

Montriveau tenía una conferencia con algunos amigos y les dió prisa para que acabasen; pero el reloj atrasaba y no salió para ir al palacio de Langeais más que en el momento en que la duquesa, llevada de una rabia fría, huía por las calles de París. Lloró cuando llegó al bulevar del Infierno. Aquí, por última vez, miró París, humeante, ardiente, cubierto por la roja atmósfera producida por sus luces; después subió en un coche de plaza y salió de aquella villa para no entrar en ella jamás.

Quando el marqués de Montriveau llegó al palacio de Langeais, no encontró á su querida y se creyó burlado. Corrió entonces á casa del vidamo, y fué recibido por él en el momento en que el buen hombre se ponía una bata pensando en la felicidad de su bonita parienta. Montriveau le dirigió esa terrible mirada cuya conmoción eléctrica llamaba igualmente la atención á los hombres y á las mujeres.

—Señor, ¿se habrá prestado usted á alguna burla cruel? exclamó. Vengo de casa de la señora de Langeais y sus criados dicen que ha salido.

—Tal vez ha ocurrido por culpa de usted una gran desgracia, respondió el vidamo. He dejado á la duquesa á la puerta de la casa de usted...

—¿A qué hora?

—A las ocho menos cuarto.

—Usted lo pase bien, dijo Montriveau, que volvió precipitadamente á su casa para preguntarle á su portero si no había visto por la noche una mujer á su puerta.

—Sí, señor, una hermosa mujer que parecía muy disgustada. Lloraba como una Magdalena, sin meter ruido y se mantenía derecha como una estaca. Finalmente, ha dicho un «¡Oh, Dios mío!» al irse, que, con perdón sea dicho, nos ha oprimido el corazón á mi mujer y á mí, que estábamos allí, sin que ella se apercibiese.

Estas pocas palabras hicieron palidecer á un hombre tan firme. Escribió algunas líneas al señor de Ronquerolles, á cuya casa envió al momento un criado, y subió á su habitación.

A eso de media noche el marqués de Ronquerolles llegó.

—¿Qué tienes, amigo mío? dijo al ver al general.

Armando le entregó la carta de la duquesa para que la leyese.

—Y bien? le preguntó Ronquerolles.

—Estaba en mi portal á las ocho, y á las ocho y cuarto ha desaparecido. ¡La he perdido y la amo! ¡Ah! si mi vida me perteneciese, me hubiese levantado ya la tapa de los sesos!

—¡Bah! ¡bah! dijo Ronquerolles, cálmate. Las duquesas no vuelan como los pájaros, no hará más de tres leguas por hora, y mañana nosotros haremos seis.

—¡Ah! peste, repuso, la señora de Langeais no es una mujer ordinaria. Mañana estaremos todos á caballo. Durante el día sabremos por la policia á donde ha ido. Necesita un coche, los ángeles de esa especie no tienen alas. Aunque esté en camino ú oculta en París, la encontraremos. ¿No tenemos el telégrafo para detenerla sin seguirla? Serás feliz. Pero, mi querido hermano, has cometido la falta de que son más ó menos culpables los hombres de tu energia. Juzgar las almas de los demás por la suya, y no saber donde se rompe la humanidad cuando tienden las cuerdas. ¿Por qué no me decías una palabra antes? Te hubiese dicho: sé puntual. Hasta mañana, pues, añadió estrechando la mano de Montriveau que permanecía mudo. Duerme, si puedes.

Pero los recursos más inmensos de los que jamás hombres de Estado, soberanos, ministros, banqueros, en fin, de los que todo poder humano se haya socialmente investido, fueron desplegados en vano. Ni Montriveau, ni sus amigos pudieron encontrar las huellas de la duquesa. Se había enclaustrado evidentemente. Montriveau resolvió investigar ó hacer que investigasen todos los conventos del mundo. Necesitaba á la duquesa, aunque ello tuviese que costar la vida á toda una villa. Para hacer justicia á este hombre extraordinario, es necesario decir que su furor apasionado aumentó cada día más y duró cinco años. En 1829 solamente, el duque de Navarreins supo por casualidad que su mujer se había marchado á España en calidad de camarera de lady Julia Hofwood, y que había dejado á esta señora en Cadiz, sin que lady Julia se hubiese apercibido de que la señorita Carolina era la ilustre duquesa cuya desaparición ocupaba á la alta sociedad parisiense.

Los sentimientos que animaron á los dos amantes cuando se encontraron en la reja de las carmelitas y en presencia de una madre superiora, deben ser comprendidos ahora en toda su extensión, y su resolución explicará sin duda el desenlace de esta historia.

Muerto el duque de Langeais en 1823, su mujer quedaba libre. Antonieta de Navarreins vivía consumida por el amor en un banco del Mediterráneo, pero el papa podía romper los lazos de la hermana Teresa. La dicha comprada á costa de tanto amor podía lucir para los dos amantes. Estos pensamientos hicieron volar á Montriveau de Cádiz á Marsella y de Marsella á París. Algunos meses después de su llegada á Francia, un bergantín mercante armado para la guerra partió del puerto de Marsella é hizo ruta hacia España. Este barco era fletado por varios hombres de distinción, casi todos ellos franceses, los cuales, enamorados de Oriente, querían visitar sus costas. Los grandes conocimientos de Montriveau de las costumbres de aquel país hacen de él un precioso compañero de viaje para aquellos personajes, que le rogaron que fuese de los suyos, y él consintió. El ministro de la guerra le nombró teniente general y le puso en el comité de artillería para facilitarle aquel placer.

El bergantín se detuvo, veinticuatro horas después de su partida, al Noroeste de una isla á la vista de las costas de España. El barco había sido escogido bastante fino de carena y bastante ligero de arboladura, á fin de que se pudiese anclar sin peligro á una media legua alrededor de los arrecifes que de aquel lado defendían seguramente del abordaje la isla. Si algunos barcos ó los habitantes veían á aquel bergantín, no podían concebir ninguna inquietud. Después, era fácil justificar al instante su estacionamiento. Antes de llegar á vista de la isla, Montriveau hizo enarbolar la bandera de los Estados Unidos. Los marineros contratados para el servicio del barco eran americanos y no hablaban más que el inglés. Uno de los compañeros de Montriveau los embarcó á todos en una chalupa, y los condujo á una posada del pueblecito, donde los emborrachó de tal modo, que no les dejó la lengua libre. Después dijo que el buque había sido armado por buscadores de tesoros, gentes conocidas en los Estados Unidos por su fanatismo, y cuya historia ha sido escrita por uno de los escritores de este país. De

este modo la presencia del barco en los arrecifes quedaba suficientemente explicada. Los armadores y los pasajeros buscaban en ellos, dijo el pretendido contra maestre de los marineros, los restos de una galera naufragada en 1788, con los tesoros enviados de Méjico. Los posaderos y las autoridades del país se contentaron con esto.

Armando y los amigos adictos que le secundaban en su difícil empresa, pensaron al principio que ni la astucia ni la fuerza podían llevar á cabo la libertad ó el rapto de la hermana Teresa por el lado del pueblecito. Entonces, de común acuerdo, estos hombres audaces resolvieron atacar al toro de frente. Quisieron practicar un camino hasta el convento por los mismos sitios en que parecía el acceso impracticable, y vencer á la naturaleza, como el general Lamarque la había vencido en el asalto de Capreo. En estas circunstancias, las rocas de granito cortadas á pico en el extremo de la isla les ofrecían menos presa que las que habían ofrecido á Montriveau los de Capreo, que tomó parte en aquella expedición increíble, y las monjas le parecían más temibles que sir Hudson-Lowe. Robar á la duquesa con ruido cubría de vergüenza á aquellos hombres. Más hubiese valido sitiarse la villa y el convento, y no dejar ningún testigo de su victoria, á la manera de los piratas. Para ellos esta aventura no tenía más que dos fases: algún incendio, algún hecho de armas que horrorizase á Europa dejándola ignorante de la razón del crimen, ó algún rapto aéreo, misterioso, que persuadiese á las monjas de que el diablo las había visitado. Este último partido triunfó en el consejo secreto tenido en París antes de su partida. Además, todo había sido previsto para el éxito de una empresa que ofrecía á aquellos hombres hastiados de los placeres de París, una verdadera diversión.

Una especie de piragua de excesiva ligereza fabricada en Marsella por un modelo malayo, permitía andar por los arrecifes hasta el lugar en que dejaban de ser practicables. Dos cables tendidos paralelamente á una distancia de algunos pies sobre inclinaciones diversas, y por los cuales debían deslizarse los capazos también de alambre, sirvieron de puente, como en China, para ir de una roca á otra. Los escollos fueron unidos también los unos á los otros por medio de un sistema de cuerdas y capazos que se parecían á esos hilos por los cuales viajan las arañas, y con los cuales en-

vuelven un árbol: obra de instinto que los chinos, este pueblo esencialmente imitador, ha copiado el primero, históricamente hablando. Ni las olas, ni los caprichos de la mar podían estropear aquellas frágiles construcciones. Los cables tenían bastante elasticidad para ofrecer al furor de las olas esa curva estudiada por un ingeniero, el difunto Cachin, el inmortal creador del puerto de Cherbourg, la línea exterior más allá de la cual cesa el poder del agua furiosa, curva sacada de una ley sustraída á los secretos de la naturaleza por el genio de la observación, que es casi todo el género humano.

Los compañeros de Montriveau estaban solos en aquel barco. Los ojos de los hombres no podían llegar hasta ellos. Los mejores anteojos de larga vista asestados desde lo alto de los combos por los marineros al paso de sus barcos no hubiesen podido descubrir ni los cables perdidos en los arrecifes ni los hombres ocultos en las rocas. Después de once días de trabajos preparatorios, estos trece demonios humanos, llegaron al pie del promontorio elevado á unas treinta toesas por encima del mar, bloc tan difícil de trepar por los hombres, como puede serle á un ratón el llegar á los contornos pulidos del vientre de un vaso de porcelana liso. Aquella masa de granito estaba afortunadamente hendida. Su fisura, cuyos labios tenían la tirantez de la línea recta, permitió colocar á distancia de un pie, grandes cuñas de madera en las que aquellos atrevidos trabajadores clavaron barrotes de hierro. Estos barrotes preparados de antemano, terminaban en forma de paleta agujereada en la que apoyaron una plancha de pino sumamente ligera, á modo de peldaño, que iba á adaptarse en las hoscas de un palo tan alto como el promontorio. Con una habilidad digna de aquellos hombres de acción, uno de ellos, profundo matemático, había calculado el ángulo necesario para separar gradualmente los peldaños de arriba y de abajo del palo. Esta escalera, de una ligereza milagrosa y de una solidez perfecta, costó veintidós días de trabajos. Un eslabón fosfórico, una noche y la resaca de la mar bastaban para hacer desaparecer eternamente sus huellas. De este modo, no era posible ninguna indiscreción, ni podían tener éxito las indagaciones que pudiesen hacerse para hallar á los violadores del convento.

En lo alto de la roca había una plataforma, rodeada por

todas partes por el precipicio. Los trece desconocidos, examinando el terreno con sus anteojos desde lo alto del mastelero se habían asegurado de que, á pesar de algunas asperezas podrían llegar fácilmente á los jardines del convento, cuyos frondosos árboles les ofrecían seguros escondites. Allí sin duda, debían decidir ulteriormente por qué medios se consumaría el rapto de la religiosa. Después de tan grandes esfuerzos, no quisieron comprometer el éxito de su empresa, exponiéndose á ser vistos y se vieron obligados á esperar á que pasase el último cuarto de luna.

Montriveau durmió dos noches envuelto en una capa sobre la roca. Los cantos de la noche y los de la mañana le causaron inexplicables delicias. Se fué hasta el muro para poder oír la música de los órganos y se esforzó por distinguir una voz entre aquella masa de voces. Pero á pesar del silencio, el espacio no dejaba llegar á sus oídos más que los efectos confusos de la música, suaves armonías en las que no se notaban los defectos de la ejecución y el puro pensamiento del arte se desprendía llegando al alma sin exigirle los esfuerzos de la atención ni las fatigas del entendimiento. Terribles recuerdos para Armando, cuyo amor volvía á florecer por entero con aquella brisa de música, donde le pareció hallar aéreas promesas de dicha. Al día siguiente de la última noche, bajó antes de amanecer, después de haber permanecido varias horas con los ojos fijos en la ventana de una celda sin reja. Sobre aquellos abismos, las rejas no eran necesarias. Montriveau había visto allí luz toda la noche. Ahora bien ese instinto del corazón que tan pronto nos engaña como nos dice la verdad, le había gritado: ¡Ella está allí!

—Seguramente que está allí y mañana la tendré en mi poder, se dijo oyendo gozoso el toque de una campana que sonaba lentamente.

¡Extraña rareza del corazón! amaba con más pasión á la religiosa consumida por los impulsos del amor y por las lágrimas, los ayunos, las vigiliás y la oración, á la mujer de veintinueve años gastada ya, que á la joven ligera á la mujer de veinticuatro años, á la sílfide. Pero ¿no se sienten inclinados los hombres de alma vigorosa hacia las sublimes expresiones que las nobles desgracias ó los pensamientos impetuosos han grabado en el rostro de una mujer? ¿No es la belleza de una mujer dolorida la más atractiva de todas

para los hombres que sienten en su corazón un tesoro inagotable de consuelos y de ternuras que prodigar á una criatura graciosa por su debilidad y fuerte por sus sentimientos? La belleza fresca, colorada, en una palabra, lo *bonito*, es el atractivo vulgar que enamora á las medianías. Montriveau tenía que gustar de esos rostros en los que el amor despierta en medio de las arrugas del dolor y de las ruinas de la melancolía. ¿No hace entonces brotar un amante á la voz de sus ardientes deseos, un sér completamente nuevo, joven, palpitante? ¿No posee dos mujeres: la que se presenta para los demás pálida, descolorida, triste, y la del corazón que nadie ve, un ángel que comprende la vida para el sentimiento, y que no se presenta en toda su gloria nada más que en las solemnidades del amor? Antes de dejar su puesto, el general oyó los débiles acordes que partían de aquella celda, dulces voces llenas de ternura. Al volver bajo la roca, á cuyo pie estaban sus amigos, les dijo en pocas palabras, llenas de esa pasión comunicativa aunque discreta, cuya expresión grandiosa respetan siempre los hombres, que jamás de su vida había sentido tan cautivantes sensaciones.

Al día siguiente por la noche, once compañeros adictos y abnegados subieron en la sombra á lo alto de aquellas rocas, llevando cada uno un puñal, una provisión de chocolate y todos los demás instrumentos que exige el oficio de ladrón. Llegados al muro, lo franquearon por medio de las escalas que se habían fabricado y se hallaron en el cementerio del convento. Montriveau reconoció la larga galería por la cual había ido antes al locutorio, y las ventanas de la antesala, y su plan fué hecho y adoptado en el acto. Abrirse un paso por la ventana de aquel locutorio. penetrar en los corredores, ver si los nombres estaban inscritos en cada celda, ir á la de la hermana Teresa, sorprender y amordazar á la religiosa mientras dormía, atarla y llevársela. Todas estas partes del programa eran fáciles para hombres que á la audacia y á la astucia de los forzados, unían los conocimientos del mundo, y á los que les era indiferente dar una puñalada para comprar el silencio.

La reja de la ventana fué limada en dos horas. Tres hombres se quedaron fuera de guardia, y dos permanecieron en el locutorio. Los demás, descalzos, se apostaron de trecho en trecho á través del claustro, en el que penetró Montriveau escondido detrás de un joven que era más diestro que

todos ellos, llamado Enrique de Marsay, el cual, por prudencia, se había puesto un traje de carmelita enteramente igual al del convento. El reloj daba las tres cuando la falsa monja y Montriveau entraban en el locutorio. En seguida reconocieron la situación de las celdas, y como no oyese ningún ruido, leyeron con auxilio de una linterna sorda los nombres escritos afortunadamente en cada puerta y acompañados de esas divisas místicas, de esos retratos de santos ó de santas que cada religiosa escribe en forma de epígrafe en el nuevo papel de su vida. Al llegar á la celda de la hermana Teresa, Montriveau leyó esta inscripción: *Sub invocatione sancte matris Therese!* La divisa era: *Adoremus in Eternum*. De pronto, su compañero le puso la mano en el hombro y le hizo ver un vivo resplandor que iluminaba las losas del corredor por la hendidura de la puerta. En este momento, el señor de Rouquerolles se les unió, diciéndoles:

—Todas las religiosas están en la iglesia y comienzan el oficio de difuntos.

—Yo me quedo, respondió Montriveau. Replegaos vosotros en el locutorio y cerrad la puerta de este corredor.

Y dicho esto, entró precipitadamente precedido de la falsa religiosa, que se echó el velo hacia atrás.

Entonces, en la antesala de la celda, vieron á la duquesa muerta, colocada en tierra sobre las tablas de su lecho y alumbrada por dos cirios. Ni Montriveau ni de Marsay dijeron una palabra ni lanzaron un grito; pero se miraron y después el general hizo un gesto que quería decir:

—Llevémosnosla.

—¡Huid! gritó Ronquerolles. La procesión de las religiosas se pone en marcha, vais á ser sorprendidos.

Con la rapidez mágica que comunica á los sentimientos un extremo deseo, la muerta fué llevada al locutorio, pasada por la ventana y transportada al pie de los muros en el momento en que la abadesa seguida de las religiosas llegaba para tomar el cuerpo de la hermana Teresa. La hermana encargada de la muerta había cometido la imprudencia de escudriñar el cuarto para conocer los secretos de la muerta, y se había entretenido tanto en ésta investigación, que no oyó nada y salía en aquel momento asustada de no encontrar el cuerpo. Antes de que aquellas mujeres estupefactas hubiesen tenido la idea de hacer indagaciones, la duquesa había sido bajada por una cuerda hasta las rocas y los com-

pañeros de Montriveau habían destruído su obra. A las nueve de la mañana no quedaba huella alguna de la escalera ni de los puentes de cuerdas; el cuerpo de la hermana Teresa estaba á bordo, el bergantín fué al puerto á buscar á los marineros y desapareció aquel mismo día, Montriveau se quedó solo en su camarote con Antonieta de Navarreins, cuyo rostro resplandeció complacientemente para él con las sublimes bellezas debidas al reposo que comunica la muerte á nuestros despojos mortales.

—¡Ah! era una mujer, y ahora no es nada, dijo Ronquerolles á Montriveau cuando este reapareció sobre cubierta. Atémosle unos plomos á los pies arrojémosla al mar y piensa únicamente en ella como pensamos en un libro leído durante la infancia.

—Sí, dijo Montriveau, porque esto no es ya más que un poema.

—Vamos, hete ya juicioso. En lo sucesivo ten pasiones, porque para tener amor hay que mirar mucho en quien se pone, advirtiéndote que el último amor de una mujer es el único que satisface al primer amor de un hombre.

Génova en el Pie-Leveque, á 26 enero de 1831.